

XIII

MEXICO EN 1864

ESE GRITO hostil de "¡Mueran los Mochos!" del que habla don Justo Sierra al describir la recepción delirante tributada en México a los Emperadores, era un mal presagio para el reinado de Maximiliano y Carlota. Quería decir que aun dentro de la Capital donde el dominio del invasor francés y la preponderancia de los clericales y conservadores mexicanos eran evidentes, brotaban de su misma entraña, voces adversas hacia aquel partido en el poder que pretendía salvar a México entregando los destinos de la patria a un monarca extranjero.

Todo aquel boato y fastuosidad de los festejos y homenajes imperiales durante quince días consecutivos; todo aquel regocijo, aquel júbilo y entusiasmo de un pueblo alborozado, no eran en el fondo más que un desahogo. Hacía años que México no presenciaba más que luchas sangrientas y guerras fratricidas. Los golpes de Estado, los cuartelazos, las asonadas militares, los asaltos al poder; los pronunciamientos y revoluciones; el fuego, la sangre, los saqueos; la anarquía y el desorden eran lo habitual en aquel México anterior a 1864 que tenía más de cincuenta años de debilitarse impotente, sin encontrar la paz y la concordia, ni una forma de gobierno lo bastante fuerte y sólida para imponerse sobre la desunida nación. La división política de los incontables partidos

surgidos de las diversas facciones aspirantes al poder; la intransigencia, el odio, las represalias, las venganzas y las rivalidades de los distintos grupos en pugna, estaban a la orden del día y tenían a México, literalmente, como en una erupción volcánica. Y desde 1861, la perenne lucha civil, sólo interrumpida por la guerra con Estados Unidos en 1847, había tomado un nuevo sesgo. La parte de México llamada republicana que, aunque no quisieran admitirlo los monárquicos mexicanos y sus cómplices franceses, formaba la mayoría, peleaban ahora contra los invasores.

Era natural que el pueblo, cansado, exhausto, como un enfermo que ha guardado larga cama, se volcase a las calles en busca de aquel espectáculo regio y fulgurante, verdadero alivio para su espíritu harto de guerras y abatido de tristeza y desesperación. Fuese o no aquella recepción en homenaje a los Emperadores extranjeros que iban a reinar en México, el hecho era que se trataba de una fiesta de quince días. Y había que disfrutarla, aprovecharse de la alegría; cantar, gritar, bailar; echar al espacio muchos cohetes y beber pulque y aguardiente hasta embriagarse.

Maximiliano y Carlota se mostraron satisfechos y halagados con aquel recibimiento grandioso, sobre todo ella que desde Miramar soñara en la cristalización de sus ambiciones de poder y grandeza, y que había persuadido a su indeciso y escéptico marido a aceptar aquella bella oportunidad para emerger de su desairada posición de príncipes relegados sin mando ni rango en Europa.

La Emperatriz entró en Palacio como una reina, erguida, soberbia, elegantísima con un regio traje blanco que siempre habría de escoger para las grandes ceremonias. Y Maximiliano, cautivante con su sombrero gris de copa, su bien cortada levita color perla y, sobre el pecho, pendiente de ancha cinta de moaré, la condecoración del Toisón de Oro que lo señalaba como defensor de la fe. Su naturaleza soñadora y no poco indiferente y pasiva,

no lo era tanto como para no impresionarse con aquella esplendente bienvenida. Para el menos perspicaz, el regocijo del pueblo era auténtico, y la acogida a los Soberanos, sincera.

En buen español se dirigió en el salón de Palacio a su flamante corte, al numeroso grupo de "Notables" que habían hecho posible su venida, y a los altos dignatarios mexicanos y extranjeros del Imperio, para manifestarles que velaría por la paz y el bienestar de México. Y enseguida, él y Carlota salieron al balcón principal del vetusto edificio para saludar a la multitud que atestaba curiosa y alborozada, la gran plaza que hoy conocemos por el Zócalo. Aclamaciones, vivas, aplausos, estallidos de cohetes, música de bandas populares, y más repiques de las campanas de Catedral y otros templos, sellaron aquel primer día triunfal.

Los Emperadores durmieron esa noche en Palacio y al día siguiente se trasladaron al Alcázar de Chapultepec que Maximiliano habría de preferir a cualquier alojamiento ciudadano porque, amante siempre de la Naturaleza, y la quietud, le fascinaba el bello y milenarismo bosque que circunda el Castillo.

La Regencia, compuesta por el General Almonte, el Arzobispo Labastida y don Mariano Salas, que gobernó a México mientras llegaba el Príncipe austriaco, quedaba definitivamente disuelta. Funcionalmente, Maximiliano I era Emperador de México desde ese 12 de junio de 1864.

La nueva bandera mexicana con el águila nacional rematada por la corona del Imperio y llevando como fondo un manto de armiño, ondeó en todos los edificios.

Quizá a alguien pudo ocurrírsele entonces que un águila fiera devorando una serpiente sobre un espinoso nopal, aparecía incongruente y grotesca con aquel manto y aquella corona real, tan extraña en un país de aspiraciones democráticas que había luchado

en su independencia por sacudirse del yugo colonial de trescientos años.

Podía ser un símbolo: el regio manto se desgarraría en las hostiles espinas, y la corona imperial rodaría por los suelos sacudida por aquella águila en quien aleteaba el espíritu profundamente nacionalista y patriota de Juárez.

Pero de momento, los monarquistas mexicanos exultaban de júbilo. El clero sonreía satisfecho ante la perspectiva de verse otra vez en posesión de sus bienes y de recobrar su ingerencia en el gobierno. Los conservadores lanzaban suspiros de alivio. Con el triunfo de las armas francesas que pronto sería una realidad, y con un príncipe católico en el trono, confiaban en que acabarían los desmanes de los juaristas y que México entraría por una senda segura de paz y felicidad, de religión y orden. Y Maximiliano, con su mirada dulce y su sonrisa bondadosa, creía ingenuamente poder realizar el milagro. Pensaba en Juárez, en Porfirio Díaz y los demás altos jefes militares de la Reforma. También ellos se acercarían al trono imperial cuando él les asegurara que su misión era la de pacificar a México y convertirlo en un país unido y feliz.

Su intención nadie la discute, ni los propios liberales que lo combatieron. El error consistió en haber venido a reinar a México, donde su existencia era imposible mientras hubiese de por medio una voluntad de acero como la de Juárez, y soldados heroicos como Díaz, Escobedo, González Ortega y tantos más en cuyos corazones germinaba el ideal de Patria, por tanto tiempo confundido y ofuscado por las guerras intestinas. Jamás claudicarían aunque estuviesen al borde de la muerte. Juárez nunca conocería a Maximiliano y desoíría sus llamados de concordia y acercamiento. Era tanto como pedirle que anulara sus palabras inmortales: "El respeto al derecho ajeno es la paz".

XIV

EL IMPERIO

PARA COMPRENDER hasta qué punto era difícil la tarea de Maximiliano de conciliar los intereses de un pueblo en pugna y de gobernar pacíficamente su nuevo Imperio, baste decir que desde que Hidalgo proclamara la Independencia en 1810 y la consolidara Iturbide en 1821, es decir, en un lapso de cincuenta años o menos, México había tenido sesenta y cinco formas de gobierno: varias Regencias, las dos provisionales encabezadas por Iturbide, y la de la intervención francesa que precedió al arribo de Maximiliano; un Imperio, el de don Agustín de Iturbide del que tuvo que abdicar en 1823, siendo más tarde fusilado; incontables asambleas y juntas gubernamentales; jefaturas militares encargadas temporalmente del mando supremo; Depositarios del Poder; Vicepresidentes y Presidentes de la Suprema Corte de Justicia en funciones de primeros Magistrados; una Dictadura, la de Santa Anna; Presidentes provisionales, substitutos o interinos, como eran denominados, que reemplazaban a los llamados mandatarios constitucionales aunque, en la mayoría de los casos, hubiesen sido nombrados o impuestos por la facción triunfante pues casi nunca terminaban su período. Eran derrocados, huían, se les perseguía, se les desterraba o caían posteriormente víctimas de asesinatos como don Vicente Guerrero. Algunos como Santa Anna, perdían

el poder y luchaban con las armas para recobrarlo. Este general a cuya debilidad se atribuye la ignominiosa venta de la mitad del territorio nacional a Estados Unidos, y que en 1853 se proclamara Dictador, haciéndose llamar "Alteza Serenísima", había ocupado la presidencia siete veces. Unas como interino o provisorio, otras con carácter de constitucional. Hubo presidentes que duraban en el poder sólo unos días. Otros que debían dejar el mando para salir a combatir a quienes se les oponían.

Es decir, un verdadero caos en el que triunfaba de momento, pero siempre efímeramente, el partido o el grupo con mayor fuerza. Tres constituciones y muchos planes de gobierno se habían dictado desde la Independencia, aunque se infringieran constantemente, según el partido en el poder. De ellos, la más drástica e importante por sus consecuencias político-sociales, era la de 1857 que, aunada a las Leyes de Reforma de 1859, constituían el primer paso en serio para la consolidación de una norma de gobierno.

A la llegada de Maximiliano, don Benito Juárez era el Presidente Constitucional y la Reforma estaba en vigor. Cuando los franceses de Forey tomaron la ciudad de México en mayo de 1863, el Presidente trasladó su gobierno a San Luis Potosí, pasando luego a Saltillo y Monterrey. Allí se encontraba, en firme espera de los acontecimientos, cuando México, por obra y gracia de Napoleón III y su ejército invasor, y alentado y ayudado por la facción de conservadores mexicanos, se convirtió en Imperio.

Maximiliano recibía así a un pueblo efervescente, inquieto, revuelto, indisciplinado y disímulo en el que predominaba el elemento mestizo, amalgama del español y el indio, que había venido evolucionando desde la Conquista hasta formar la clase más importante y numerosa. Los indígenas todavía puros, constituían la tercera parte de la población; y los criollos, descendientes di-

rectos de españoles, formaban la clase restante que gozaba, como en la Colonia, de puestos de privilegio. Raras excepciones como la de Juárez, un zapoteca de pura cepa indígena, había llegado hasta la más alta jerarquía.

Si en la actualidad, la población heterogénea de México es el principal escollo con que tropieza un mandatario mexicano para gobernar equitativa y justicieramente, mucho más difícil, en el caso de un extranjero desconocedor del medio, era la tarea de conciliar los ánimos y de halagar y satisfacer a todos. Especialmente porque el Soberano había sido enviado e impuesto por un extraño y lo sostenía una minoría de infidentes mexicanos que no era toda la nación.

En otro capítulo de estos apuntes, he hecho referencia al plebiscito pedido por el futuro Emperador en Miramar para aceptar la corona de México. Había sido una farsa en la que intervinieron las bayonetas francesas. Eso sería también el Imperio.

Si Máximiliano no hubiese sido un hombre amable, generoso, atractivo y simpático en toda la extensión de la palabra, quizá su reinado habría durado no tres años, sino acaso tres meses o tres días.

Pero tenía el don de agradar y, mientras se moviese dentro del círculo formado en su derredor por las armas francesas y la adulación y el servilismo de los monárquicos mexicanos, el Emperador conquistaría afectos y simpatía. Prodigaba su bondad y su buena fe en todo y en todos. Su noble rostro de mirada dulce y tierna, su esbelta y elegante figura que bien pronto vistió a la mexicana, con trajes de charro o uniformes de general del ejército imperial de México, subyugaban a quienes le trataban y aun al pueblo azorado que lo contemplaba a distancia. Es un hecho que nadie, ni entonces ni ahora, le cobró odio. Si Maximiliano hubiese venido en aquella época o en la actual como un mero turista o un

fugaz visitante, es seguro que se habría convertido en el Adonis mimado de la sociedad. Pero su posición era distinta. Tras su figura delicada, fina, aristócrata, de rubio y cautivante príncipe, tras la dulzura de su mirada azul y la sonrisa amable y acogedora, estaba el torvo, el patanesco e implacable Bazaine, el gobernante detrás del trono, a quien Napoleón III premió pronto con el bastón de Mariscal por sus proezas en la dominación de México.

Nadie ignoraba que Maximiliano estaba sostenido por las armas francesas y que aquel trono imperial donde acababan de colocarlo, había costado muchas vidas de mexicanos a manos de extranjeros.

Cierto que en las guerras civiles se habían enfrentado hermanos contra hermanos. Pero ayer como hoy, el sentimiento unánime de todo mexicano es que ningún extraño puede ponernos la mano encima sin que protestemos y nos defendamos. Esa incontestable verdad fue, inauditamente, la que unió a la dividida nación contra el invasor. Podíamos, dentro de nuestras fronteras, hacernos pedazos. Pero al extranjero le estaba prohibido. Por eso se combatía. Por eso también se veía con escepticismo y no poca conmiseración a aquel príncipe austriaco nombrado emperador de los mexicanos. No podía durar en su encargo. Su Imperio era un espejismo.

Se peleaba aún encarnizadamente en Oaxaca, en Guerrero y en los estados norteros en donde Juárez habría de trasladar de ciudad en ciudad su gobierno hasta llegar a Paso del Norte, en la línea fronteriza estadounidense.

Los franceses, con ejércitos superiores en número y en equipo, avanzarían lejos, dominarían a sangre y fuego el territorio patrio. Pero sólo temporalmente. Napoleón necesitaría de sus tropas para demorar su caída que sobrevino, de hecho, en 1870. Estados Unidos, libres de su guerra civil, intervendrían en aquella

intromisión europea; y los soldados liberales, unidos en torno del férreo e inmutable Juárez, cobrarían nuevos bríos y resistirían hasta el final. Triunfaría el derecho.

La paz de la Capital y de los estados circunvecinos era, pues, ficticia, engañosa, una mera ilusión. Los ejércitos juaristas y las guerrillas republicanas, resistían heroicamente a los invasores. Se replegaban en muchas ocasiones, huían en otras, evacuaban ciudades y pueblos al empuje de las tropas europeas y de las columnas comandadas por generales imperialistas como Márquez, Miramón, Mejía y Méndez. Pero estaban presentes desde escondrijos en las montañas, desde ocultas posiciones en los bosques o en inaccesibles encrucijadas de un territorio que por vasto, constituía el principal enemigo de los invasores.

Maximiliano comenzaba a reinar, en consecuencia, en un país ingobernado e ingobernable. La heterogeneidad de la población, el tamaño —enorme en comparación con las naciones europeas—, del territorio mexicano incomunicado aún en su mayor parte; y la agitación que imperaba en oposición a la monarquía, eran sólo algunos de los magnos problemas que se le presentaban. Su trono, pues, descansaba gráficamente sobre una vorágine, mal disimulada por aquella aparente paz de la Capital.

XV

LA CIUDAD

LA CAPITAL del Segundo Imperio mexicano contaba en 1864, al arribo de Maximiliano y Carlota, 200,000 habitantes; población que aunada a la de las municipalidades comprendidas hoy dentro del Distrito Federal, pero que en la época estaban separadas de la ciudad por inmensos llanos y vastas haciendas, arrojaba un total de 465,823.

De esa población, según un autor francés quizá un tanto exagerado, no menos de cincuenta mil eran mendigos que merodeaban por las calles en manifiesta contradicción al supuesto emporio de riqueza, el "trono sobre un montón de oro" de que le habló Napoleón a Maximiliano al invitarlo para aceptar la corona de México.

Un hecho sí puede afirmarse: el país era pobre porque el tesoro público, manejado por tantas manos a través de cincuenta años de turbulencias políticas, se agotaba o desaparecía. México estaba, además, hundido en deudas, de las cuales, una de las más importantes era la de los fraudulentos bonos Jaecker en que intervino el aventurero medio hermano de Napoleón III, el Duque de Morny, hijo adulterino de la Reina Hortensia.

Ese sería una problema fundamental para Maximiliano pues pronto vería que no sólo no podría cumplir con el compromiso

de enviar el imaginario superávit al monarca francés, pero ni siquiera pagar con dineros de la nación a las tropas expedicionarias intervencionistas. Tendría, en cambio, que solicitar auxilio económico a Napoleón, naturalmente sin éxito, para atender las necesidades más apremiantes de su gobierno. Y el fabuloso gasto de millones invertidos en la expedición de México, haría, al final de cuentas, que se abandonase la empresa y se le retirara el apoyo al Emperador.

En una recopilación estadística presentada a Maximiliano en junio de 1864 por su autor, Juan N. Valle, que la dedica "al Soberano Ilustre que dejando las comodidades y respeto que le rodeaban en su país, viene dispuesto a sacrificarse por la felicidad del pueblo mexicano", la ciudad de México está descrita así:

"La extensión de la ciudad, dentro de las garitas, es de 4,340 varas de Norte a Sur; y de 3,640 varas de Oriente a Poniente, y en vez de murallas la rodea una ancha zanja inundada por las aguas de las lagunas que anteriormente entraban a las calles y las hacían navegables. La entrada a la ciudad es por varias calzadas de piedra, de las cuales la de Tacuba, San Antonio Abad y Guadalupe, fueron construídas por los aztecas, y las demás por los españoles. La ciudad está empedrada y las calles son amplias, rectas y con buenas y cómodas aceras. Hay diversas plazas destinadas al comercio donde el tráfico es bastante animado. Las aguas de que se surte la ciudad son buenas y abundantes, escaseando algo por la parte Norte. Los paseos de México son hermosos, especialmente el de Bucareli. Los edificios son bien construídos y elegantes, llamando la atención entre otros muchos, el Colegio de Minería, Palacio Imperial, Aduana, Teatro Imperial, Casa de Correos, ex-Inquisición y la Universidad. Los templos en general, son magníficos, extensos y de elegantes formas".

Tomando en cuenta lo fincado y lo poblado, los límites de la

ciudad, no llegaban pues, más allá de la glorieta que hoy ocupa la estatua ecuestre de Carlos IV, a la entrada de la avenida Bucareli y el Paseo de la Reforma. Lo que actualmente constituyen las colonias Cuauhtémoc, Juárez, Anzures, Roma y demás, eran llanuras inmensas y haciendas como las de la Teja y Casa Blanca. Para ir a Tacubaya, por ejemplo, se tomaba un ferrocarril que costaba un real. Y para trasladarse del Palacio Imperial al Alcázar de Chapultepec, se hacía una hora en carruaje. A San Angel, Azcapotzalco, Coyoacán, Tlalpan, Tacuba y demás municipalidades, se iba en ómnibus o en diligencias tiradas por varias mulas.

Con su sentido artístico innato y su perenne inclinación hacia lo bello, que Maximiliano anteponía siempre a los más arduos e inaplazables problemas de Estado, ideó de inmediato la apertura de la Calzada del Emperador, rebautizada después, al triunfo de los republicanos, con el nombre de Paseo de la Reforma.

Dice su secretario particular, Blasio, que dirigiéndose un día del Alcázar de Chapultepec a Palacio por la calzada de la Verónica, a través de la hacienda de la Teja, el Emperador expresó deseos de adquirir los vastos terrenos inmediatos a Chapultepec para abrir un gran paseo que comunicara desde la puerta principal del bosque hasta la estatua de Carlos IV, y de allí por Corpus Christi (hoy avenida Juárez), a un costado de la Alameda, a lo largo de las calles de San Francisco y Plateros, hasta el Palacio Imperial que hacía escuadra como en la actualidad, a la Catedral Metropolitana.

Maximiliano quiso también embellecer el Alcázar y amueblar con lujo y refinamiento el Palacio. Llegó incluso a idear una nueva fachada para el vetusto edificio virreinal, al estilo de las Tullerías. Y pensó también en ampliar algunas de las angostas calles capitalinas. Tenía más alma de artista y decorador, que de gobernante y político.

Trajo muebles, estatuas, jarrones y vitrales de Europa; vajillas de Sevres y cristalería de Bohemia a las que mandó grabar el monograma imperial; ricos tapices y gobelinos de Italia y Bélgica que pronto cubrieron los desnudos y sencillos muros de ambos edificios, dándoles el aspecto regio, muy al gusto de sus principescos moradores. En el adusto Palacio construído como una fortaleza en tiempos de la Colonia, Maximiliano mandó comunicar varios de los salones del frente, convirtiéndolos en uno solo de más de cien metros de largo que denominó Salón de Embajadores. Cerca del inmenso y bello salón, su despacho fue decorado lujosamente, con ricos tapices en damasco rojo y oro donde, bajo el escudo y las armas imperiales, aparecía bordada la divisa del Soberano: Equidad en la Justicia.

Pero por más que le fuera agradable la Capital por ser una ciudad importante y bella en su época, Maximiliano habría de preferir la provincia; y cuando permanecía en México se inclinaba más al Castillo de Chapultepec que al Palacio Imperial a donde acudía sólo a despachar los asuntos de gobierno. En enero de 1867, cuando Carlota se encontraba ya en Europa y él estaba a punto de dirigirse a Querétaro, prefirió vivir en la hacienda de la Teja, a la altura de lo que años más tarde ocuparía el lugar donde se levanta la estatua de la Independencia.

Relata la crónica histórica que le incomodaba la altura de la ciudad; y el aire delgado de la meseta central, así como el frío sutil de la altiplanicie, lo hacían buscar constantemente climas más benignos como el de Cuernavaca, donde residió muchas veces, haciendo famosa la bella finca Jardín de Borda; el de Orizaba que ya conocía a su paso desde Veracruz, y el de Jalapa, donde habitó largo tiempo en una hacienda cercana, feliz de poder hacer excursiones a pie y a caballo, admirando, arrobado, la esplendente naturaleza mexicana.

Otra de sus costumbres era la de comer al aire libre en el campo. Interrumpía de pronto sus audiencias y sus atenciones oficiales de Palacio y ordenaba que le alistaran su carruaje. Previamente, su criado vienés Venisch, había llevado vajilla, provisión y cojines a bellos lugares donde el Emperador y sus íntimos disfrutaban de una alegre comida campestre. Alguna vez llegó a escoger como sitio para el matinal almuerzo, las lejanas faldas del Ajusco.

Quien lo hubiese visto entonces sin su numeroso séquito imperial de ministros, chambelanes, ayudantes, oficiales, secretarios y criados, que siempre lo acompañaban en sus viajes, habría creído que se trataba del más entusiasta de los turistas en un país extranjero.

En realidad, Maximiliano fue precisamente eso: un turista enamorado del país que visitaba. Carlota, más perspicaz y práctica, pero sobre todo menos soñadora y romántica que él, fue la que empezó a percibir la tragedia de su imposible reinado. La Emperatriz se quedaba al frente de los destinos del Imperio cuantas veces Maximiliano se ausentaba de México. Pudo, pues, conocer las magnas dificultades y problemas que agobiaban el trono. Y tal vez la constante tensión en que vivió durante los dos años que permaneció en México, contribuyeron inicialmente a su posterior demencia.

Porque... era extraño: ella que en Miramar no previó el peligro de aceptar el trono de un país desconocido, persuadiendo por el contrario a Maximiliano para que desechase sus dudas y temores, palpaba ahora la realidad de un porvenir incierto, preñado de amenazas e infortunios. Eso la impelió a ir a Europa en busca de auxilio. Y él, que sí había presentido su tragedia, como lo prueban sus lúgubres versos, rehuía en México todo pensamiento que le recordase su bamboleante situación.